

concesión del Papa Clemente VII otorgada al primer marqués de Tarifa, se refundieron las tres antiguas parroquias, más bien ermitas, de *San Vicente mártir*, *San Ildefonso* y *San Forge*, que subsistían en el siglo XVI. Otra portada que tiene es corintia (del año 1739): dórico y toscano el interior del templo; de orden compuesto la sillería del coro; las gradas de éste y del altar mayor, de jaspe negro de Peña Jarpa; la torre, elevada 37 varas, es de ladrillo, con un remate de azulejos del más pintoresco efecto.—El mencionado marqués de Tarifa fundó á principios del siglo décimosexto el convento de *Dominicos de las Sagradas Llagas*, edificio tan majestuoso como su templo, que el patriotismo pigmeo de nuestros días, con sus acostumbradas bufonadas vandálicas, destinó á cuartel de la milicia nacional.—La propia época-madre del Renacimiento vió erigir en Alcalá el convento de *monjas de Santa Clara* (á mediados de dicho siglo XVI); y el convento de *Mínimos*, fundado extramuros de la población por el beneficiado don Alonso Cárdeno, que murió en el 1586, y trasladado luego al sitio que hoy ocupa con el nombre de *la Victoria*.—Merecen explorarse por la tradición de su grande antigüedad las construcciones de las ermitas de *San Vicente mártir*, de los *Santos Mártires*, y de la *Vera Cruz*. Nosotros no tuvimos tiempo ni medios para verificarlo.

Saliendo de Alcalá de los Gazules en dirección al noroeste, hallamos la villa moruna de

PATERNA, propia en los pasados tiempos de la casa ducal de Alcalá. Atravesamos las alturas que la separan de la cuenca del Guadalete, dejamos á la espalda, para volver luego á ella, una famosa Cartuja situada á la margen derecha de este río, y á cosa de tres cuartos de legua hacia el noroeste, vemos levantarse rodeada de cortijos, ranchos, dehesas, olivares, granjas y viñedos, y resguardada de los vientos boreales por una espléndida sierra, la aventajada rival de Xiraz de Persia.

## CAPÍTULO XXXII

Continuación: Jerez de la Frontera



ESTA ciudad, cuyo nombre es arábigo (*Sherish Filistin*, ó *Xirás* de la tribu de los Filisteos), y cuyo antiguo caserío es también sarraceno, ocupa, mirada por la parte del mediodía, una elevada mesa entre dos vallados, á la cual se sube por una suave pendiente que termina al pié de su ya inutilizada muralla. Ceñía ésta la población en otro tiempo, principiando y concluyendo el recinto de lienzos y torreones en el Alcázar que descuella al sur; pero la antigua cerca, teatro de gloriosas hazañas en las guerras del siglo de San Fernando y don Alonso X, se halla hoy maltratada y aporillada, confundida y medio oculta entre las casas de la ciudad, cuyo ensanche la ha hecho reventar á trechos: y las vetustas almenas en aquella época regadas con generosa sangre, asoman echando en cara á los pacíficos idólatras de los intereses mate-

riales el abandono de la fe y del ardiente patriotismo de sus mayores (1).

Don Fernando III, antes de emprender la toma de Córdoba, mandó un ejército á explorar la tierra de Andalucía hasta las costas del Océano, y dió su mando á su hermano el infante don Alonso de Molina, asistido de Álvar Pérez de Castro, guerrero experimentado, valiente y sagaz. Salió la hueste de Toledo con gran ardimiento y bríos: con decir que iban en ella Vargas y Gaitanes, dicho está lo que de su correría debía esperarse. Llegó el ejército cristiano á Jerez, y asienta sus reales no lejos de las márgenes del Guadalete. Su presencia esparce el terror por la comarca.—Sabedor del peligro que corre la ciudad, acude apresuradamente con un grande ejército á socorrerla el walí de Murcia Aben Hud, que había derrotado al Amir y le tenía usurpado el trono, y trabóse una encarnizada batalla en las inmediaciones de la mesa llamada hoy de *Santiago*, cerca de los arroyos *Fontetar* y *Musas*, porque estaba escrito que la inconstancia de la suerte había de facilitar á los cristianos la reducción de las principales ciudades de aquella parte de Andalucía en el mismo sitio en que facilitó á las huestes de Tarik la conquista de España. La victoria se pronunció de parte de los castellanos. Álvar Pérez de Castro no se vistió aquel día de lucientes armas: presentóse en el campo cubierto con un ligero almejí y el cabello tendido por la espalda, cabalgando en un fogoso alazán sin más que una vara en la mano. Garcí Pérez de Vargas, á quien había el Infante armado caballero al comenzar el combate, mató al reyezuelo moro de Alcalá de los Gazules, y Diego Pérez de Vargas, habiendo perdido su lanza en la refriega, desgajó de un olivo una nudosa y enorme rama, y apo-

(1) Era natural que los muros de Jerez que tan buen servicio prestaron durante el reinado de don Alonso el Sabio á los leales castellanos, fueran en la Edad-media alguna vez objeto de la solicitud regia. Así era de presumir, y así lo hemos visto confirmado en documentos históricos. El archivo de la ciudad conserva una carta de don Fernando IV *concediendo en favor de la labor de muros, torre y barbana, el diezmo que sobre la villa cobraba*.—Archivo municipal. Cajón 21—n.º 18.

rreando con ella á diestro y siniestro, dejó á sus piés muertos ó mal heridos á muchos moros (1). La expugnación de Jerez estaba reservada á don Alonso X, el cual entró en ella por capitulación en 1255.

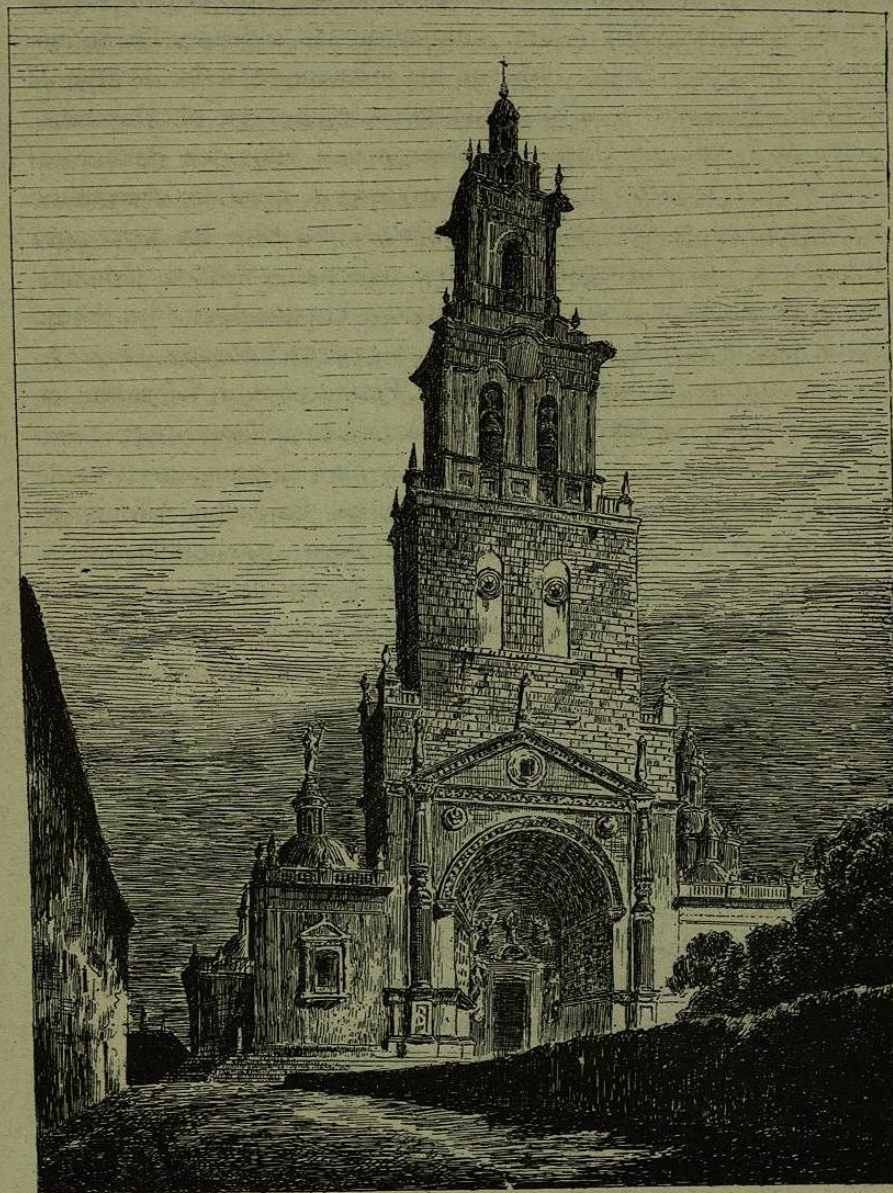
La planta de Jerez cuando la ganó don Alonso, era casi un cuadrilongo cercado de gruesa muralla, rebellines y torres con su antemuro: en los cuatro lienzos de la muralla tenía cuatro puertas que se correspondían en cruz: la de Sevilla, la de Santiago, la de Rota y la del Real. En la puerta de Rota se divisan aún torreones perfectamente conservados, y el antiguo almenaje aparece en los muros de Santiago y la Merced, y en las calles Ancha y de Polvera. Á la parte de mediodía se levantaba el Alcázar, que aún hoy existe, de obra morisca, y lleva en su interior una capilla real dedicada á Santa María. Los infieles habían quedado en la población como *mudejares* ó por vasallos del castellano, y en su Alcázar estaba de gobernador don Nuño de Lara, que puso en su lugar otro caballero llamado Garcí Gómez Carrillo, con título de alcaide. Los moros, faltando á su palabra, se rebelaron y cercaron el Alcázar en 1261, y entonces ocurrió un hecho que hizo grande honor á sitiados y sitiadores. El alcaide Garcí Gómez Carrillo, después de haber perecido casi toda la guarnición, defendía la fortaleza con tesón, solo y en pié en la torre del homenaje, con la espada en la mano, todo cubierto de sangre y de flechas, sosteniendo con tan esforzado ánimo el ímpetu de los enemigos, que llegó á causar en éstos admiración y asombro. Prendados de tan heroico ardimiento, resolvieron prenderlo sin causarle la muerte: dejaron de estrecharle con las armas, á las cuales hacía él mejor rostro que á las promesas con que intentaban seducirle: tomaron garfios de hierro, y asiéndole en la escalera de la torre, le sacaron de allí maltrecho. Hecho prisionero, y dueños otra vez

(1) Cuéntase que por esta acción se le dió á Diego Pérez de Vargas el apellido de *Vargas Machuca*.

de la ciudad los moros, le curaron con grande humanidad sus heridas, y aplaudiendo el valor con que había defendido la plaza, le dieron libertad colmándole de agasajos.—Para conservar la ciudad por suya, dice Roa, *pusieron luego mano á fortificarla, repararon sus muros, y levantaron su fábrica un tercio más alta, cuyo sobrepuesto aún hoy se echa de ver en el edificio.*

No podía el rey don Alonso por aquel tiempo dedicarse á recobrarla, pero lo verificó el año 1264, en que la puso cerco muy apretado, que duró todo el verano. Los moros la defendieron con obstinación y durezza temerosos del castigo de su pasada traición; y los cristianos la embestían con el encono de la memoria de ésta. Fué al fin entrada por fuerza de armas el 9 de octubre, día de san Dionisio, en cuyo honor mandó luego el rey edificar la iglesia parroquial que lleva su advocación; dejó ir libres á los moros, pobló la ciudad de caballeros é hidalgos de su ejército, y dióles por armas *la mar con orla de castillos y leones*, símbolo de los peligros en que los dejaba por frontera de enemigos, á quienes con invencibles ánimos habían de hacer rostro como leones y como fuertes castillos, siempre que en lo sucesivo fuera preciso defender la entrada y costa de Andalucía, el reino y su ciudad.

No defraudaron los jerezanos las esperanzas de sus reyes: en el año 1284, reinando en Castilla don Sancho el Bravo, sitiaron la ciudad innumerables tropas del rey de Marruecos Ben-Yusuf. Hallóse Jerez en grande aprieto por espacio de seis meses: el rey, habiendo recibido de la ciudad sitiada un aviso escrito con sangre, partió á Sevilla, desde donde marchó con diez mil caballos la vuelta de Lebrija; incorporándosele allí otras fuerzas, subió su ejército á veintidós mil jinetes y considerable número de peones, y sabedor el rey de Marruecos de la aproximación de tan crecida hueste, levantó el sitio y se retiró á Algeciras.—En el siglo siguiente, año 1314, reinando ya don Alfonso XI, lució en la propia Algeciras con nuevo brillo el esfuerzo de los caballeros de Jerez. El rey Aben-Zahá, que dominaba



UTRERA.—IGLESIA DE SANTA MARÍA

aquella costa, había juntado un numeroso ejército con los moros de Ronda y sus castillos, y corría los campos de la frontera talando las viñas y los panes, saqueando las aldeas y llevándolo todo á sangre y fuego. Salieron los jerezanos al aviso de aquella terrible algarada, y alcanzando á los infieles en el Majaceite, cerca de la villa de Cardela, pelearon con ellos, los desbarataron, les arrebataron la presa, cautivaron á muchos, prendieron á Aben-Zahá, y desoyendo las ofertas que éste les hizo para rescatarse, lo entregaron á don Alfonso. — Años después, en 1332, el Amir Abul Hassán envió á España á su hijo Abdul Malik con la investidura de rey de Algeciras y Ronda y con poderosa hueste de jinetes y peones. Puso cerco á Gibraltar, se enseñoreó de sus atarazanas, y el alcaide castellano Vasco Pérez de Meira, después de una obstinada y heroica resistencia, se vió precisado á capitular por falta de auxilios. Bajó don Alfonso en persona con su ejército á recobrar la plaza: por ambas partes recrecían las fuerzas; si era grande el poder de los cristianos, no era inferior el de los moros. Convencidos por fin uno y otro rey de serles perjudicial la continuación de la guerra en semejante estado, hicieron capitulaciones: Abdul Malik permaneció en Gibraltar, y don Alfonso se volvió á Sevilla para atender al gobierno de sus pueblos. Pasaron siete años sin que tornaran á molestarse el uno al otro; pero en 1339 sale el moro de Algeciras con numerosa hueste y se apresura á llegar á las inmediaciones de Jerez: asienta su campo en la ribera del Guadalete, en los llanos de Laina, y clava su tienda en la *cabeza ó cerro del Real*; y para que la ciudad no pueda ser socorrida, incendia, devasta, asuela y esparce por todo su contorno, hasta los campos de Sanlúcar, Rota y el Puerto, las huellas de la muerte. Los auxilios pedidos al rey en aquel apurado trance no podían llegar con oportunidad, atendida la descomunal pujanza con que apretaba el cerco el enemigo; y en tan crítica situación, mientras todos los jerezanos, sin excepción de edades ni sexo, se preparan á hacer una impetuosa salida, capitaneándolos el obispo de

Mondoñedo don Álvaro de Viedma, frontero por el rey, un denodado caballero, Diego Fernández de Herrera, hijo de uno de los pobladores de Jerez, concibe la atrevida idea de ir al campamento moro, disfrazado de musulmán, para dar la muerte á Abdul Malik, exponiendo gustoso la vida por el triunfo y la libertad de su patria. Favorecíale en su arrojado designio la circunstancia de hablar con perfección la lengua árabe, que había aprendido estando en rehenes por su padre en tierra de moros. Púsole por obra en el momento mismo de acometer los jerezanos á los sitiadores con gran estruendo de trompetas y atabales. Al oirlo, sorprendido Abdul Malik, sale de su tienda para inquirir la causa del rebato: llama á su esclavo que acuda á ceñirle el arnés de batalla; presentósele Diego Fernández de Herrera al favor de la general confusión, y le arroja con toda su fuerza la lanza que le atraviesa el costado, derribándole en tierra revolcado en su propia sangre. Cuando los suyos acuden al oír su mortal alarido, ya el cristiano ha tomado su corcel; reconócenle en el modo de cabalgar, emprenden tras él, y le causan en su fuga varias heridas, de que murió en Jerez á los pocos días. Pero muerto el rey moro, todo fué desorden y terror en su hueste: levantó ésta el campo velozmente, y abandonando el cerco de Jerez, huyó desbandada dejando riquezas y despojos por los campos y por los caminos.

Este hecho memorable fué perpetuado en una pintura mural de que nos da noticia un diligente cronista monje (1). Dice él que existen papeles auténticos del cabildo de la ciudad, esto es, de su Ayuntamiento, en los cuales se halla *«un acuerdo en que ordena y manda QUE ESTA BATALLA Y SUCESO SE PINTE EN LA PLAZA DEL ARENAL, EN LAS CASAS DEL CORREGIDOR, DE CUERPOS GRANDES, Y QUE SE RENUENE SIEMPRE QUE LA NECESIDAD LO PIDA PARA QUE NO SE PIERDA LA MEMORIA DE ELLO: la cual alcanzó y*

(1) Fr. Esteban Rallón en su *Historia de la ciudad de Jerez*, ms. citado por don Adolfo de Castro en su mencionada *Historia de Cádiz, etc.*, Lib. V, cap. II.

*llegó hasta los tiempos de mis padres en aquel mismo sitio hasta que se gastó con el tiempo, y por no haber tenido cuidado de renovarla se ha perdido. Oí yo á los míos que referían que en ella se veía á Diego Fernández de Herrera hiriendo al Infante con la lanza por una parte, y por otra los moros que lo seguían, y el obispo de Mondoñedo que por otra acometía á los reales y ponía á los moros en huida.* Tan digno de memoria como la hazaña de aquellos jerezanos, y de aquel inspirado héroe que tomó el ejemplo de Judith para libertar á su pueblo, es el acuerdo municipal que acabamos de transcribir. No recordamos en la historia de la edad media castellana ninguno semejante, y para encontrar regidores de pueblos tan sabiamente penetrados de los deberes de una autoridad moralizadora y educadora, hay que subir hasta los tiempos heroicos de Grecia y Roma.

Distinguíéronse también los jerezanos en la memorable batalla del Salado, y allí ganaron juntamente con los de Lorca el pendón de los moros, del cual se les cedieron las alas, llevándose el asta sus compañeros en la hazaña. Este pendón no es el mismo que se saca todos los años en pública procesión el día de san Dionisio, patrono de Jerez; era un riquísimo paño bordado á aguja con oro y sedas: el vulgo le llamaba el *rabo de gallo*. Fué tan venturoso, dice el Padre Roa, que jamás entró en batalla que no saliese vencedor. La frecuencia de estas fué causa de que se gastase pronto, y en su lugar se hizo otro de la misma forma, labrado en Venecia el año 1470, que después se perdió en la Ajarquía de Málaga. Últimamente se hizo un tercer pendón, y este es el que todavía se muestra al pueblo en la citada solemnidad anual.

Durante el mismo reinado de don Alfonso XI, celebraron las ciudades de Jerez y Córdoba la famosa hermandad que se ha venido observando hasta una época muy reciente. Había entrado, robando y talándolo todo, por las comarcas de Arcos y Lebrija un ejército de moros de África y Granada, que, pasado el Guadalete, asentó sus reales en las dehesas que llaman de la

Moratilla, á cosa de una legua de Jerez. Hacían desde allí frecuentes y terribles correrías hasta las mismas puertas de la ciudad. Los jerezanos, después de varios días de brava é inútil resistencia, frustrada la esperanza de recibir socorro de los sevillanos, á quienes habían mandado aviso, encomendados al auxilio divino, resolvieron hacer un último y desesperado esfuerzo. Dejaron en la fortaleza y en las puertas de la ciudad la guardia necesaria, salieron de noche al campo con gran orden y silencio, llevaron consigo todos los potros y demás bestias cerriles que en sus haciendas tenían, y todos los cueros sin curtir de que pudieron proveerse, y fueron la vuelta de Vejer para coger á los moros por las espaldas, camino de Medina-Sidonia. Los cordobeses, que habían sabido el aprieto de los jerezanos, dolidos del peligro que corrían tan lucidos caballeros, determinaron socorrerlos: enviaron mil infantes y seiscientos caballos con un capitán experimentado y valiente, y este auxilio llegó á Jerez la noche misma en que habían salido los naturales en busca del enemigo. Sin descansar los cordobeses, y sin ser sentidos, fueron al campo donde se presumía que sería la batalla. Los jerezanos la habían ya comenzado: ataron á las bestias cerriles los cueros que para el efecto habían llevado, y las soltaron dejándolas ir disparadas. Aquellos animales, estimulados por la querencia de sus pastos, y asustados por el ruido de voces, trompas y pífanos que venían haciendo detrás los jerezanos, tomaron todos la vuelta de Jerez, atravesando el campo de los infieles con tan gran ímpetu, velocidad y desorden, que introdujeron una completa confusión en las haces enemigas, las cuales, sobrecogidas con tan inesperada acometida de bestias desatentadas, apenas podían regir su caballería. Al mismo punto acometieron animosamente los cordobeses, y cogiéndolos en medio, tan fuertemente los apretaron, que desfallecidos de ánimo y fuerzas los moros, emprendieron la fuga, dejando treinta mil hombres entre muertos y heridos en el campo, el cual lleva desde aquel día el nombre de *la Matanza*. Siguiéndoles los cristianos el alcance,

encontraron á media legua en unos arroyos otra muchedumbre de infieles, y los acuchillaron también en el lugar llamado todavía de *la Matanzuela*. Reconociéronse después jerezanos y cordobeses, abrazáronse estrechamente, dieron gracias al Señor por el feliz suceso de la jornada, y después de poner en libertad á los cristianos cautivos y de saquear los reales de los enemigos, llenos de contento y de despojos regresaron á Jerez, atribuyéndose con hidalga generosidad unos á otros la gloria de tan memorable hazaña. Al llegar á la puerta del Real, el pendón de Córdoba fué subido por encima del muro, y cediéndole después el lado derecho, se encaminaron todos en procesión á la iglesia para tributar su acción de gracias al Altísimo. Siguieron cuatro días de agasajos y regocijos, regalos y fiestas de todo género, y al despedirse los de Córdoba, los acompañaron los jerezanos hasta el llano de Caulina, donde tenían los moros cautivos, las armas y los caballos cobrados en la batalla, de los cuales con gran largueza les hicieron servirse.—Desde entonces se tienen y tratan las dos ciudades como hermanas en armas, *y dán dello testimonio*, añade el tan disertado cuanto crédulo é hiperbólico Roa, *las buenas obras de la una á la otra, sin que los siglos de tantos años hayan sido poderosos, ó para criar olvido en la memoria de los descendientes, ó para menoscabar un punto la inclinación de las voluntades*.

En el propio siglo XIV y en el XV obtuvieron asimismo los jerezanos otras señaladas victorias, entre las cuales son las más famosas la de *Valhermoso*, contra los moros de Jimena, capitaneados por Zaide; la de *Gigonza*, contra los moros granadinos y africanos; la del *Rancho*, alcanzada en 1425 contra el formidable alcaide de Ronda Abdallah-Granatexí, en que este temido caudillo fué preso y entregado al rey don Juan, que le reclamó por una real cédula (1); el socorro que prestó Jerez con su ca-

(1) Esta batalla del Rancho está consignada en los libros del cabildo secular de Jerez y en varias historias, señaladamente en la del Padre Roa. Al alcaide de Ronda Abdallah-Granatexí acompañaba Jemete su sobrino, y ambos fueron recla-

pitán Pedro Núñez de Villavicencio, *el Mozo*, al conde don Pero Ponce de León, acometido en su tierra de Arcos por el rey de Granada y los alcaides moros de Archidona, Alhama, Ronda y otras fronteras enemigas; la expugnación de Jimena, hábil y denodadamente dirigida por el mariscal Pedro García de Herrera, sobre cuyo hecho escribió la ciudad de Jerez al rey una notable carta en 20 de Marzo de 1431; la toma de la villa de Patria en 1448 (1), y la famosa hazaña de *los cuatro Juanes* (2). No hubo en aquellos días empresa, ni asalto, ni cerco, ni conquista, ni entrada, ni correría en que no tuviese Jerez, si no la mayor, al menos muy gran parte. ¡Qué de argumentos para los libros de caballería y los romances! ¡Cuánta gala de narraciones para la leyenda y la poesía!—Fruto de tan generosos esfuerzos y de tan acendrada lealtad fueron los privilegios otorgados á Jerez desde su reconquista hasta los tiempos de don Enrique IV (3).

mados por la cédula que el rey don Juan escribió á Jerez desde Toro á 16 de Febrero de 1427. Abdallah estaba ya rescatado; Jemete en poder de Ana Rodríguez, mujer de Alonso Fernández de Valdespino, que no le quería entregar al corregidor Juan Rodríguez de Sevilla y á los demás Regidores que la requerían al cumplimiento de la real cédula, fundada en que era deudor á su marido de 100 doblas. De esta circunstancia no tuvo conocimiento el Padre Roa, el cual solo consigna la negativa á entregar el prisionero. Este por fin le fué arrebatado al caballero que le tenía en su poder, y entregado al alguacil Diego de Orta de Silla para que lo llevase al rey don Juan. El Padre Roa dice que le pasaron de casa de Valdespino á la cárcel; pero este hecho no consta en los libros del cabildo.

(1) Por el libro capitular que abraza desde el año 1478 al 1485, sesión del 1.º de Octubre de 1484, consta que los caballeros de Jerez, sabedores de que 100 moros con marlotas encarnadas y caballos blancos habían salido de la villa de Patria para saquear el país, se armaron, tomaron marlotas de grana y caballos encubiertos con sábanas blancas, y salieron con dirección á la villa, llevando consigo algunos ganados y aparentando conducir cautivos. Fueron recibidos alegremente por los habitantes engañados, se apoderaron de cuanto quisieron, y al ver que los 100 moros venían de regreso á la villa ignorantes del suceso, cayeron sobre ellos de improviso, pegaron fuego al caserío, y se volvieron á Jerez colmados de despojos y con una larga hilera de cautivos. La villa de Patria se halla á unas ocho leguas de Jerez, no lejos de Vejer de la Miel.

(2) Fueron estos Juanes cuatro distinguidos caballeros jerezanos, Juan Fernández de Herrera, Juan Sánchez de Cuenca, Juan García Picazo y Juan Fernández Catalán.—Su hazaña fué acudir solos á la defensa y guarda de la villa de Zahara y haber derrotado en las angosturas del arroyo de Comares á veintisiete moros, matando á más de la mitad de ellos, cautivando á diez, y tomándoles ocho caballos y los despojos.

(3) En los disturbios ocasionados por los nobles contra Enrique IV, frente al